Tanto la Palabra de Dios a nosotros (sentido descendente) como nuestra palabra a Dios (sentido ascendente) se hace a través de nuestro único y sumo Mediador: Cristo Jesús.

No leemos, sino que **celebramos** la Palabra.

Con la Sagrada Escritura podemos hacer muchas cosas:

- podemos leerlos personalmente, haciéndolos objeto de nuestra meditación o de nuestra oración;
- o bien, estudiarlos, dedicándonos a análisis e interpretación, ayudados por los autores peritos en la materia;
- o reunimos en grupo con otros cristianos, para revisar de modo sistemático nuestra vida a la luz de esa Palabra de Dios;
- o anunciar su mensaje a los que lo desconocen (evangelización) o ayudarles a entender cada vez más profundamente su contenido (catequesis)....

Pero hay un momento en que su lectura se hace en un clima de fe y eficacia especiales: en el seno de una comunidad cristiana que celebra un sacramento o se reúne para la oración.

En la celebración litúrgica, la proclamación de la Palabra de Dios no es objeto de estudio, ni de catequesis, ni tampoco de análisis o discusión. Ni siquiera se puede decir que sea sólo una «lectura pública y oficial» de la Escritura, por solemne y respetuosa que sea.

Aquí la Biblia no la «leemos», sino que la celebramos, o sea, la «decimos» acogiéndola en la fe común, la consideramos como dicha hoy para nosotros, la festejamos más como acontecimiento que sucede hoy, que como palabra que se dijo ayer.

COMPROMISO

Revisar nuestras actitudes personales de acuerdo a las recomendaciones para ejercer un buen servicio como Lector. Amar este servicio como lo merece la Palabra de Dios.

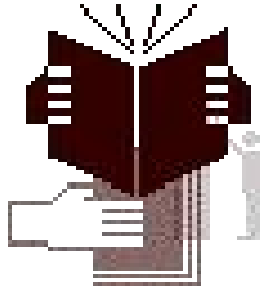
ORACION CONCLUSIVA

EQUIPO DE LECTORES

ETAPA 1
FASE 1
AÑO 3

COMITÉ DE LA CÉLULA PARA LA ANIMACIÓN LITÚRGICA

ARQUIDIOCESIS DE BARRANQUILLA • DPTO. DE SERVICIOS PASTORALES
PASTORAL LITÚRGICA • SUBSIDIO No. 4 • 2005



"La Palabra de Dios tiene vida y poder. Penetra hasta lo más íntimo de la persona"

LA PALABRA PROCLAMADA EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

OBJETIVO

Puesto que la Palabra de Dios es fundamental en cada celebración litúrgica, especialmente en la Eucaristía, se ha de estudiar lo relacionado con la misma, para que al finalizar la reunión, los participantes comprendan la importancia del servicio que prestan.

ORACIÓN BÍBLICA

Lectura: Hebreos, 4 12 - 13

Reflexión:

¿Qué aplicación podemos encontrar en el pasaje leído al servicio que prestamos en la liturgia?

¿Tengo claro que la Palabra de Dios es un mensaje que el mismo Padre envía a sus hijos?

¿Mi forma de proclamar es una ayuda para que el mensaje llegue a los corazones de los oyentes como Dios lo quiere? O por el contrario, ¿soy indiferente al mensaje que Dios quiere transmitir?

LA PALABRA PROCLAMADA EN LAS CELEBRACIONES LITÚRGICAS

A. El Concilio Vaticano II

La Constitución Sacrosantum Concilium en el No. 24 dice:

"Es trascendental la importancia de la Sagrada Escritura en la celebración litúrgica: porque de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, las oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos.

Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada liturgia, hay que fomentar aquel amor suave y vivo a la Sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos tanto orientales como occidentales"

B. Su valor simbólico - sacramental

La Eucaristía tiene una primera parte, la celebración de la Palabra, de la que, en la reforma de los últimos años, la Iglesia ha redescubierto el valor y las posibilidades pastorales.

Esta celebración de la Palabra, tanto en la Eucaristía como en los otros sacramentos, tiene sus leyes dinámicas interiores propias, que condicionan, lógicamente, la eficacia de la pastoral.

De ahí la importancia de que reflexionemos sobre la «línea-fuerza» que tiene la proclamación de la Biblia en la liturgia. Tenemos que valorar esa primera parte de la celebración eucarística, la Liturgia de la Palabra, que pastoralmente es tan difícil de potenciar en toda su fuerza.

a) Una primera «ley» o constante que encontramos en nuestras celebraciones es el binomio Palabra-Sacramento.

Cuando la comunidad de cristianos se reúne para celebrar un Sacramento, empieza siempre proclamando la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios ilumina el sacramento que se va a realizar. Nos presenta, por ejemplo, el agua como signo de nacimiento a una nueva existencia en toda la Historia de la Salvación. Y sólo entonces, proclamando el plan de Dios, pasamos a celebrar el rito bautismal bajo el signo del agua.

Ambos momentos, -palabra y sacramento-, forman una sola celebración.

Cuando en la celebración de la Penitencia empezamos a leer los pasajes bíblicos que nos invitan a la conversión y nos aseguran la voluntad perdonadora de Dios, ya estamos celebrando el Sacramento del Perdón, aun antes de que pasemos al rito concreto de nuestra acusación personal y de la absolución.

En la Eucaristía sucede lo mismo. Primero concentramos nuestra atención en el Libro Santo y escuchamos su proclamación. Para luego entonar, en torno al Altar, nuestra acción de gracias sobre el pan y el vino. Es un encuentro único, pero progresivo, con el mismo Cristo.

Lo acogemos como Palabra viva del Padre. Y, luego, como Pan de salvación.

En realidad se puede decir que en la Eucaristía «comulgamos» dos veces: con la Palabra y con el Cuerpo de Cristo.

Lo que proclamamos y creemos en la primera parte de la celebración, lo «realizamos» sacramentalmente, con «signos», en la segunda.

b) Ya dentro de la Liturgia de la Palabra, la línea dinámica de su celebración fluye así: palabra - canto - oración:

- ante todo, Dios habla a su pueblo, dirigiéndole la Palabra;

- esta Palabra, al resonar en medio de la comunidad de los creyentes, suscita en ellos como un eco, una primera respuesta de «meditación y acogida», que puede ser unos momentos de silencio, o bien, un canto;
- y entonces el mismo Pueblo, que ha escuchado la Palabra y ha meditado en ella con fe, eleva su propia palabra a Dios, su oración, presentándole las intenciones de la humanidad y de la Iglesia y pidiendo que la salvación se cumpla hoy para todos.

Este rito hace resaltar muy claramente el esquema teológico de la salvación: la iniciativa viene siempre de Dios, que nos transmite su Palabra; ésta suscita en nosotros la acogida de la fe y nos mueve a dirigimos a El con nuestra oración.